

MAX JIMENEZ HUETE, UN ARTISTA RENOVADOR

LUIS FERRERO

"Me pregunto cuál ha de ser la definitiva manifestación artística de cada uno. Las artes cada vez se me presentan más encadenadas —expresó una vez Max Jiménez Huete—. Soy amigo de los cambios radicales, a los cuales creo que debe mucho de su vida la sensibilidad".

Creyente sincero de ese pensamiento, Max Jiménez Huete se dedicó a la pintura, a la xilografía, a la fotografía, al periodismo, a la prosa, al verso y a la escultura. Fueron arrebatados sus periodos de creación artística y en todos agigantó su personalidad.

Nació en San José el 9 de abril de 1900, en un hogar económicamente holgado. De niño, se mostró rebelde e indisciplinado para los estudios sistemáticos. A los 19 años, marchó a Londres a estudiar comercio, según su padre, cuando —en realidad— atendía más a una vida bohemia y a su deseo de expresarse plásticamente, de entregarse a la creación. Con el anhelo íntimo de ser artista, rumbea a París donde se relaciona con otros jóvenes hispanoamericanos: Alfonso Reyes, Cardoza y Aragón, Miguel Ángel Asturias, César Vallejo, Toño Salazar, Arturo Uslar Pietri, León Pacheco y otros. En procura de sabiduría asiste a conferencias y ex-



"El beso", escultura en bronce que presentó en la exposición de París de 1922 y que causó revuelo en el ambiente nacional.



"Pescadores de Cojimar", óleo de Max que se quemó en 1948 en el incendio de la ciudad de Bogotá, Colombia.

posiciones, y allí traba nexos con representantes del fauvismo. Pinta óleos, en los que deforma tremendamente los cuerpos, dibuja cabezas pequeñas y contrasta colores oscuros.

No obstante su temperamento fuerte y soberbio, que no acepta ni consejos ni críticas, logra captar la amistad de los escultores Mateo Hernández y José De Creeft. El último lo inicia en la escultura. De este contacto data la costumbre suya de modelar primero en barro o plastilina para trasladar luego en yeso y, por último, en piedra o madera.

Durante su permanencia en París se introdujo en la atmósfera de descontento y rebeldía de los artistas de la nueva generación. Precisamente ahí, Max se identificó con la lucha de los escultores modernos y se irguió contra el realismo anecdótico que sustentaba la escultura del siglo precedente. Brancusi, Archipenko, Lipchitz y otros, con sobrado eclecticismo se inspiraron en la escultura negra para la descomposición geométrica de las formas humanas y para hacer hablar a las masas un lenguaje rigurosamente escultórico. En estos artistas, el recurrir al abstraccionismo les revelaba el sentido de lo escultórico, de lo imprescindible, de la lisura. Esto los construyó a atender únicamente las "cualidades primarias" de la escultura. Y advino la "nueva sensibilidad" que sustituía algunos volúmenes por una evocación espacial, y expresaba la idea estética inmersa en las formas, la materia y el espíritu. Una sensibilidad íntimamente ligada a las famosas "búsquedas" de los artistas de vanguardia, quienes intentaban manifestar algo cada vez distinto y nuevo y particularizarse, sendamente, ellos mismos.

En estas lucubraciones, Max irrumpió como escultor. El cubista Archipenko quizá le insufló el principio de sintetizar las formas y condensar las esencias. Aprendió a pulir sus bronce, a transformar los valores táctiles en ópticos, atraído por Brancusi. Emuló del cubismo, en parte, la decisión de desrealizar las cosas.

Entre 1920 y 1924 Max modeló catorce piezas en cuya ejecución gozó del manejo de volúmenes puros. Fundió algunas de ellas en bronce; hizo otras en piedra y madera. Max exhibió estas obras en su totalidad en la Galería Percier, en 1924. "Buscó una síntesis atrevida —reconoce el crítico Gustavo Kahn— tendiendo a dar fórmulas breves y sugestivas, renunció a la descripción literal de las cosas".

Su obra "El Beso" —por ejemplo— representa la eterna pareja en abrazo, en plena fusión corporal y espiritual. En "Figura en cuchillas", Max explota la composición a base de volúmenes redondeados, casi esféricos. En "Mujer de pie", aborda las masas con lógica audaz, a base de ovoides. El observador nota, en "La mujer con el perro", que Max concentró su atención en la dinámica de los volúmenes geométricos. Tanto en su "Pietà" (Maternidad) como en sus cabezas y en "Venus", el escultor pugna por el arte realista.

En estas primeras obras, desrealiza. No rechaza los sentimientos naturales, humanos. Antes, siente la fuerza de los volúmenes macizos, simples, de los bloques cerrados, cargados de pesantez. No comparte del todo las ideas prevalecientes de "deshumanizar" el arte, tal como lo decían los lectores de Ortega y Gasset porque, deshumanizarlo constituiría eliminar el sentimiento. A él únicamente le acució reducir el cuerpo humano a sus primarios, básicos, esenciales elementos.

En 1925 regresa a su patria y ahonda amistad con Joaquín García Monge y Carmen Lira. Abandona la escultura para dedicarse al periodismo, a la literatura y a la ganadería.

Con las exposiciones del "Diario de Costa Rica" se le despierta de nuevo el deseo de trabajar la escultura. Ejecuta varias cabezas de granito; la "Danaide"; una "Maternidad" en madera y una "Cabeza de caballo". Pero no expone con los otros artistas. También se dedica a la xilografía y a la pintura, que se benefician de su poder escultórico.



innovó en pintura, escultura y literatura. Max Jiménez, polifacético artista costarricense. Max